

EL DOBLE

Ivonne Guzmán Bargagli

En 1914 Otto Rank presenta un artículo titulado El Doble. Años más tarde lo revisaría y ampliaría en una publicación separada.

En este artículo Rank llevó a cabo una investigación del tema en la literatura y en la antropología y configuró la explicación del motivo del “doble” en términos etnológicos, míticos, literarios y psicoanalíticos.

En su artículo revisa una gran cantidad de obras literarias en las que aparece el doble. En ellas, la aparición del doble como una creación subjetiva suscita efectos devastadores en los protagonistas. Efectos que permiten distinguir tres situaciones diferentes:

1. la aparición del doble suscita una profunda vivencia de “soledad”
 2. la aparición del doble cambia de inseparable compañero a rival más temido
 3. la aparición del doble posee los impulsos “malignos” y se rechaza en un contraste ético con los impulsos “benignos” de la persona
-
1. Decir que la aparición del doble despierta una profunda sensación de “soledad” sugiere la aparición del doble como objeto. Objeto cuerpo – objeto madre. En el Proyecto, Freud insiste en que el yo, en su afán de descarga, encuentra un objeto cuya función es abatir la tensión del mismo yo, aunque sólo sea de manera transitoria. La “acción específica” que permite la descarga lo hace sólo de manera temporal. El ser humano está inmerso en el desamparo originario. El objeto aparece como ese “auxilio ajeno” que siempre será contingente e independiente. En tanto ajeno, el yo cuenta con una única defensa frente a la realidad externa y frente a la actividad pulsional de la que no puede escapar: el yo es acopio pulsional también y posee un núcleo perceptual alucinatorio. Esta organización o neuronas psi, neuronas que son memoria y que constituirán al yo, incluyen al objeto percibido, pero también la señal de la necesidad y de la incompletud. El yo que proyecta la presencia del doble como objeto se ve nuevamente engañado,

porque el objeto que se alucina, es en realidad el objeto de deseo, o más exactamente la ausencia de objeto.

2. La segunda situación que se puede observar en las novelas sobre el doble consiste en casos donde la aparición del doble sufre una mutación, de inseparable compañero se convierte en el rival más temido. Podríamos decir que se observa una mudanza de una pulsión en su contrario, trastorno hacia lo contrario en cuanto al contenido: la trasposición de amor en odio. Freud señala en *Pulsiones y destinos de pulsión* que los vínculos de amor y de odio no son aplicables a las relaciones de las pulsiones con sus objetos, sino que están reservados a la relación del yo-total con los objetos. Así escribe: “el yo odia, aborrece y persigue con fines destructivos a todos los objetos que se constituyen para él en fuente de sensaciones displacenteras, indiferentemente de que le signifiquen una frustración de la satisfacción sexual o de la satisfacción de necesidades de conservación. Y aun puede afirmarse que los genuinos modelos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por conservarse y afirmarse.”¹ El motivo pulsional del odio se debe a que el objeto no está ahí para la satisfacción pulsional. El objeto no se presta para la satisfacción pulsional y por lo tanto aparece el odio.

3. En un tercer grupo, los relatos muestran la aparición del doble a quien se rechaza y resulta chocante para la crítica del yo. Rank señala que el síntoma más destacado de las formas que adopta el doble es una poderosa conciencia de culpa que obliga al protagonista a no aceptar ya la responsabilidad de ciertas acciones de su yo, sino a descargarlas sobre otro yo, un doble, que es personificado, o bien por el propio diablo, o creado por la firma de un pacto diabólico. Se ha erigido así un ideal, y sobre este ideal recae el amor de sí mismo. En *Introducción del narcisismo*, Freud nos dice que el narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo

¹ Freud S. *Obras Completas*. “Pulsiones y destinos de pulsión”. Tomo XIV, p.p. 132. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1982.

ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas.

En cualquiera de estos tres efectos que provoca la aparición del doble podemos señalar la presencia de una alteración en la función perceptiva misma. Lo real ya no remite a lo real. La percepción entonces carece del signo distintivo entre la representación y el recuerdo. Desde el Proyecto Freud señala que es el yo el que suministra un criterio para distinguir entre percepción y recuerdo, es decir, entre adentro y afuera. Pero señala una salvedad, “si el objeto-deseo es investido vastamente, y así es animado por vía alucinatoria, este signo de descarga o de realidad se produce lo mismo que a raíz de una percepción exterior. Para este caso, el criterio fracasa. Pero si la investidura-deseo sobreviene bajo *inhibición*, como es posible en presencia de un yo investido es concebible que la investidura-deseo no produzca ningún signo de cualidad, mientras que la percepción exterior sí lo produciría.”² Por lo tanto, concluye Freud “Llamamos *procesos psíquicos primarios* a la investidura-deseo hasta la alucinación, el desarrollo total de displacer, que conlleva el gasto total de defensa; en cambio, llamamos *procesos psíquicos secundarios* a aquellos otros que son posibilitados solamente por una buena investidura del yo y que constituyen una morigeración de los primeros. La condición de los segundos es, como se ve, una valoración correcta de los *signos de realidad objetiva*, sólo posible con una inhibición por el yo.”³

Si seguimos estos planteamientos, en todos los casos de aparición del doble que Rank revisa en la literatura, observamos que los protagonistas son incapaces de reconocer la fuente de excitación. Estamos autorizados a suponer entonces una falla del yo que ha permitido la investidura de una representación-deseo hasta la alucinación con su concomitante efecto displacentero. Como señala Sami-Ali estamos frente a una proyección que proporciona la certeza de que el contenido proyectado tiene existencia en el mundo real. La percepción entonces responderá al proceso primario y se encontrará al

² Freud S. *Obras Completas*. “Proyecto de psicología”. Tomo I, p.p. 371. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1982.

³ *Ibid.* p. 372.

servicio de la realización simbólica del deseo. El sentimiento de lo ominoso respondería entonces a una organización en la que se ha perdido la distinción adentro-afuera y en la que se ve profundamente amenazado el yo. En las novelas, además de la presencia del doble en la escena de lo real, se observa siempre un yo que se fracciona, que se duplica, que se multiplica o que se desvanece. La aparición del doble parece ser un intento de desmentida frente al agujero que es el yo. Frente aquello inasible, incognoscible e irrepresentable del yo, es decir, frente al núcleo, componente invariable pero que siempre queda como resto. Ahí donde el aparato psíquico es incapaz de mantener las ligaduras necesarias para hacer cuerpo del cuerpo, para ser con el cuerpo y con la alteridad del cuerpo, ahí se proyectan múltiples dobles que parecerían intentar inscribir lo ininscribible.

La apuesta consiste en hacer cuerpo, en trabajo de ligadura que debe llevar a cabo la psique frente a todo objeto otro.

Cinco años después de la publicación de Rank, Freud incluyó algunas de sus aportaciones en el texto sobre Lo Ominoso. Freud dice ahí: *“el doble fue en su origen una seguridad contra el sepultamiento del yo, una enérgica desmentida del poder de la muerte, y es probable que el alma «inmortal» fuera el primer doble del cuerpo. Ahora bien, estas representaciones, dice Freud, han nacido sobre el terreno del irrestricto amor por sí mismo, el narcisismo primario, que gobierna la vida anímica tanto del niño como del primitivo; con la superación de esta fase cambia el signo del doble: de un seguro de supervivencia, pasa a ser el ominoso anunciador de la muerte.”*⁴

Si nos acercamos a la revisión antropológica que realiza Rank encontramos que para muchos pueblos primitivos existía un concepto primordial del alma, alma inseparable del cuerpo, doble del cuerpo, figurada siempre como análoga al cuerpo. De manera que la sombra, inseparable de la persona, se convierte en una de las primeras representaciones

⁴ Freud S. *Obras Completas*. “Lo ominoso”. Tomo XVII, p.p. 235. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1982.

del alma, aunque no la única. Muchos utilizaban formas alternas de designar el alma, entre ellas, doble, imagen, sombra ó nombre.

Pero prestemos mayor atención a la sombra como un primer doble del cuerpo, es decir, una primer imagen proyectada del cuerpo que acompaña al individuo. A partir de ahí se desprendieron infinidad de supersticiones, que señalaban la indisociabilidad de sombra y cuerpo, y por lo tanto la correspondencia entre la falta de uno y la desaparición o muerte del otro. Así algunos antropólogos creen que la sombra inicialmente considerada como espíritu acompañante, fue solo poco a poco desarrollando su significado benéfico, como espíritu guardián, hasta su significado nocivo, de muerte, justamente junto con el fortalecimiento de la creencia en una vida después de la muerte.

El desarrollo no deja de ser interesante, de espíritu presencia acompañante devino un espíritu protector para finalmente convertirse en un perseguidor mortífero. La pregunta es ¿por qué se transforma?

Para el hombre primitivo la sombra es una presencia física que se le impone como eso, como presencia. Frente a la distancia irreductible que separa a su cuerpo de su sombra para que ésta siga existiendo, se vislumbra la incorporeidad de lo inasible. Y es ahí donde el primitivo introduce un algo más donde solo hay presencia. Ese algo más es el atributo de protector. Ahora la sombra es espíritu cuya presencia responde a un propósito, a una *causa*, el espíritu *me* cuida. Propósito-causa que tiene la forma de deseo dirigido hacia la persona. De esta manera el hombre es capaz de mediatizar la distancia que presupone la alteridad. Nos acercamos a la construcción del fantasma. Construcción que tiende un puente hacia lo otro mediante una puesta en escena y en sentido de la distancia de cuerpos. El fantasma sutura la distancia mediante ligadura que toma forma de causalidad.

El espíritu guardián benevolente está entonces ahí para cuidarme. El hombre cuya sombra ahora lo cuida ha devenido objeto narcisista. Asistimos al momento de la constitución de una identificación imaginaria narcisista. La sombra existe para

protección y soporte de la vida misma, ahora la vida, la supervivencia está íntimamente ligada a la presencia protectora de la sombra, y por tanto, no puede faltar. En adelante la presencia y ausencia de esta proyección se interpretarán como signos de amor y de odio, como signos de vida y de muerte. De un seguro de supervivencia, decía Freud, pasa a ser el ominoso anunciador de la muerte.

Sin embargo como señala también Freud, *“La representación del doble no necesariamente es sepultada junto con ese narcisismo inicial; en efecto, puede cobrar un nuevo contenido a partir de los posteriores estadios de desarrollo del yo. En el interior de este se forma poco a poco una instancia particular que puede contraponerse al resto del yo, que sirve a la observación de sí y a la autocrítica, desempeña el trabajo de la censura psíquica y se vuelve notoria para nuestra conciencia como “conciencia moral”.*⁵

La figura del doble no siempre produce la sensación de lo extraño inquietante, por lo tanto, no es por sí misma generadora de este efecto ominoso. Para que este afecto característico se produzca o en términos de Freud, para que se le adhiera este carácter ominoso deben darse ciertas condiciones. El efecto ominoso que produce la presencia del doble responde siempre a su aparición *en el espacio de lo real*, cuando se borran los límites entre lo real y lo imaginario, cuando se trata de una experiencia que se despliega en el plano de la percepción, en cuyo caso, si lo percibido ya no es real significa que la percepción es un proceso de proyección, donde la proyección viene a ocupar el vacío que deja la desaparición de una parte del mundo exterior, es decir, cuando se trata de una proyección al servicio de la restitución de la realidad, de manera puntual o masiva lo que conducirá a experiencias que van desde la impresión ominosa de un instante a la vivencia persecutoria delirante.

Freud concluye que *“el carácter de lo ominoso sólo puede estribar en que el doble es una formación oriunda de las épocas primordiales del alma ya superadas, que en aquel tiempo poseyó sin duda un sentido más benigno. El doble ha devenido una figura terrorífica del mismo modo como los dioses, tras la ruina de su religión, se convierten en*

⁵ *Ibid.*

demonios.”⁶ Valdría la pena subrayar que la figura del doble no solo resulta oriunda sino constitutiva, sin duda originada en la necesidad de trabajo a que se ve enfrentada la psique expuesta a múltiples estímulos provenientes de su encuentro con el mundo y con el cuerpo. Psique siempre expuesta a una exterioridad que la estimula, a una alteridad que aunque no reconozca como tal, la altera.

Lo que busca el organismo, dice Freud, es mantenerse exento de estímulos y para ello recurrirá a una huída del estímulo para lograr su cese. Sin embargo, no podrá huir de los estímulos provenientes del cuerpo y la única acción a su alcance será la alucinación de una modificación en la situación de encuentro que niegue su estado de falta, que niegue su necesidad. La primer respuesta natural será entonces desconocer el cuerpo y conocer solamente el estado que la psique desea reencontrar, un estado de quietud y un estado de no deseo en palabras de Piera Aulagnier. Gracias a la presencia de la acción específica que lleva a cabo un auxilio ajeno, la psique experimentará una satisfacción real que dará un suplemento de placer. Una vez experimentada esta prima de placer, es decir un placer de órgano, se convertirá en meta de la actividad psíquica.

La psique tendrá que encontrar la forma de reducir la tensión displacentera y sobretodo experimentar placer que proviene del objeto. Lo que necesitará la psique es orientar al yo para que siga las percepciones e influya en ellas. A esto Freud le llama mecanismo de atención psíquica y consiste en establecer un estado de deseo, una cierta investidura-expectativa para que una vez que la representación aparezca en la escena de lo real encuentre sus neuronas listas a la descarga ya que se encuentran preinvertidas por el deseo. Y ya que aquello que provoca displacer y placer está fuera de la psique, es decir es ajeno a la psique, toda su actividad se comprometerá en hacer suyo lo que es del orden del afuera. La manera en que la psique alterada por la pulsión, se transforma en deseante y despliega formas de derivación y apropiación de lo otro señala un abanico de figuras y avatares que se juegan en la clínica. Entre ellas aparece el doble, el doble como un intento de respuesta necesario en la constitución del Yo. Como trataré de exponer a continuación con un material clínico el doble es una figura que se transforma, evoluciona,

⁶ *Ibid.* p. 236.

y complejiza de acuerdo a las posibilidades de representación que va adquiriendo la psique en su desarrollo.

María Fernanda

Cuando conocí a María Fernanda tenía 9 años. Sus padres quienes se habían separado casi dos años antes estaban preocupados porque consideraban que la separación le había afectado mucho a la niña. Madre e hija se habían mudado a Cuernavaca después de la separación y el padre a otro estado de la República.

Una vez instaladas en Cuernavaca María Fernanda inicia segundo de primaria acá pero su asistencia es muy escasa. Se negaba a ir a la escuela, primero verbalmente, después se sentaba en el piso llorando y después no conseguían ni que se subiera al coche. La madre dice que utilizó mil tácticas que incluyeron desde nalgadas, jaloneos, castigos, premios hasta súplicas y viajes del padre porque cuando él venía la llevaba a la escuela.

Su desempeño académico era muy bajo, cuando iba a la escuela se distraía con facilidad, platicaba o le daba sueño. Le costó mucho trabajo la adquisición de la lecto-escritura. Argumentaba que su renuencia a ir a la escuela obedecía a que sentía miedo aunque no podía definir a qué, que no tenía amigas, que los compañeros se burlaban de ella o que le resultaba muy aburrido.

María Fernanda es una niña adoptada. Calculan que al momento de la adopción tenía once meses de edad, presentaba un gran retraso motor, extremadamente elástica y flácida, como “muñeca de trapo” la describe su madre. Su posición habitual era apoyando la cara en las manos manteniendo la mirada fija hacia abajo, o bien, acostada sobre su espalda, arqueada hacia atrás chupándose el pulgar. Señalan que no lloraba y con facilidad se iba con todo mundo, aunque no respondía mucho ni sonreía.

A los cuatro años y medio le dicen que había sido adoptada, le cuentan lo mucho que querían una niña y cuánto habían esperado tenerla. Entonces quiso saber todos los detalles y después reaccionó con tristeza y desilusión. Más grande preguntó por qué le

habían dicho siendo tan chica. De vez en cuando María Fernanda les platica a otras personas que ella es adoptada y al escucharla la madre se siente angustiada, intenta disimularlo, pero la sensación, dice, es de pérdida, como si se viese expuesta a un lugar de gran desventaja.

He privilegiado algunos detalles que expondré, sobre el tratamiento de María Fernanda, debido a que me han permitido pensar sobre el tema que nos reúne ahora, el doble. Sus rastros, aparición, fantasmaticación, desarrollo, construcción, materialización e historización darán cuenta de su complejidad, su origen, dimensión y algunos de sus posibles destinos. Este itinerario no es otro que el trabajo de un yo (je) escribiendo sobre un palimpsesto que en tanto tal ya ha sido deformado, reactualizado, falsificado. El je escribe una historia sobre los restos de lo que ha sido desmentido y el poder de la escritura efecto del retorno de lo reprimido; una historia que siempre escribe para otro, porque sus marcas son efecto de lo otro que lo altera; una historia que solo se articula en el encuentro.

Cuerpo

La primera vez que veo a María Fernanda se encuentra un poco nerviosa, sonrío tímidamente y responde de manera breve e imprecisa a algunas de las preguntas que le hago. Conoce el consultorio y descubre un trapecio que pende de un riel de donde puede colgarse. Se cuelga y luego me pide que la jale a lo largo del riel que va de un extremo al otro del consultorio. La actividad se repite semanas con la única petición de que aumente la velocidad.

Finalmente introduce un nuevo contenido figurativo a la experiencia que aparenta ser meramente sensorial: “Hay niños que existen perdidos por todo el universo.” Ahora la excitación corporal se acompaña con esta idea, los niños están desperdigados por todos lados. Debo jalarla más fuerte ahora porque va en un cohete a rescatar a los niños. Viaja de la Tierra, a Marte, al Sol, a un cometa, a Michigan, a Toluca, a la Luna y volvemos a uno u otro lugar, más velocidad, más velocidad, más velocidad, ya se olvidó de los niños y la actividad es pura sensación. Con el tiempo se sube al cohete *para* ir a la búsqueda y

yo soy incluida en el juego en calidad de motor. “Un experimento falló y por eso nunca llegaron los niños donde debían de haber llegado y están perdidos por todo el universo, motor, debemos ir a rescatarlos.”

Comienza a acostarse en la hamaca y la mezo, primero suavemente y cada vez más fuerte, siempre más fuerte. Muy pronto la hamaca se convierte en barco. Ahora el barco zarpa y en el camino se ve azotado por una terrible tormenta. Empieza a cargar al barco con personas y objetos. Durante las innumerables tormentas huracanadas el barco no puede mantener dentro a quienes trae a bordo, todos salen expulsados al agua, y muchos mueren ahogados. Ella se aferra al navío con tanta fuerza y determinación que se sostiene de él aún si debe ir colgando.

Esta primera etapa consiste en una actividad que podría describir básicamente como generadora de efecto, generadora de una experiencia de tensión-excitación que traduce en experiencia de placer. La actividad que realiza aunque no me incluye formalmente, se ha convertido en actividad generadora de placer y el espacio analítico en espacio donde catectiza una puesta en representación. El placer que genera lleva la marca de lo autoerótico, que se despliega sin relación al otro o a la exterioridad. Reminiscencias de una identificación primaria, espacio superficie que deviene potencialmente “habitabile”.

Ella quiere sentir más jalón, más velocidad, más tensión, más vaivén que siempre está limitado a las condiciones espacio-temporales de la consulta y además a mi cuerpo. Si bien no soy reconocida como generadora de placer, sí irrumpo porque finalmente me canso, me faltan la fuerza y la potencia y entonces ella experimenta cierta frustración.

La primera idea que asocia con este efecto excitación corporal nos permite pensar una pura fuerza que sale, sin direccionalidad, sin objetivo y sin guía. El resultado es desorganizador. Fuerza expulsiva que vuelve a representar en el barco. Excitación y erogenidad que buscan descarga. Se empieza a perfilar la construcción de un objeto en quien la acción sádica recaerá, el destino de la pulsión es una vuelta contra sí misma.

El deseo es la causa

Un día lleva una muñeca de trapo que ha hecho en su casa. Pregunta si puede usar la máquina de coser, le enseño y termina la muñeca. La nombra Candy. Cada día que la veo, trae su muñeca. En las catástrofes que escenifica como terremotos, incendios masivos o guerras María Fernanda, que se ha convertido ahora en doctora, rescata a Candy y le prodiga todo tipo de cuidados. Yo soy su ayudante y recibo instrucciones.

La pequeña Candy está al borde de la muerte, María Fernanda vela por ella, la opera, medica, inyecta, alimenta y procura durante todo el tiempo que la pequeña no puede hablar o sufre de amnesia, resultado de la catástrofe vivida. Después nuestra doctora María Fernanda se compromete a buscar a la familia perdida de Candy. ¿Dónde está la familia de esta niña? pregunta. ¿Por qué no la buscan? ¿Habrán muerto todos? El juego se convierte en un rally detectivesco, pide informes, entrevista a personas, busca en archivos, rastrea todo posible indicio. Finalmente llega a ellos. La familia de Candy está hospitalizada, el padre en terapia intensiva y la hermana sigue muy grave. La madre ya salió de terapia intensiva y pregunta por su chiquita, la recuerda solo a ella. La niña se había perdido antes del incendio y la mamá se siente muy triste, a veces se pone como loca y hasta le pega a las personas.

Durante el largo tiempo que le ha llevado a la doctora María Fernanda cuidar de Candy y buscar a su familia, se ha encariñado muchísimo con ella y la pequeña Candy también la quiere. María Fernanda sueña durante el juego con la posibilidad de adoptar a la niña.

En esta segunda parte María Fernanda muestra otra forma de derivar la excitación. Ha desplegado y por tanto construido los elementos integrantes de un fantasma. Si bien la energía, sigue siendo expulsiva, masiva, desorganizada, ahora está vaciada sobre un objeto, la pequeña muñeca de trapo Candy. La evocación de esta puesta en escena fantasmática, aparece montada sobre la misma actividad que antes, lo que revela que está vinculada a una emoción localizada corporalmente, el fantasma es carne como decía Freud, pero también es verbo. La escena tiene un sentido o lo que es lo mismo, le imprime una organización que obedece a la lógica secundaria. Aquí quisiera subrayar

que Freud insiste en pensar que hay ciertas cosas “oídas” que están en el origen del fantasma y en la forma en que se constituye. La pequeña Candy aparece como primer doble objetal, es el objeto cuidado, atendido, agredido, mirado. En ella confluye cuerpo y efecto en posición pasiva, de ahí su papel de objeto, pero también un enunciado identificatorio que procede de la madre, a quien le parece que María Fernanda, en su desvalimiento y abandono psíquico y físico era como una muñeca de trapo. El fantasma permite observar el modo singular en que se liga el cuerpo con algún significante privilegiado. En la escena la niña es hallada desmayada, ha perdido el habla o la memoria. En los tres casos se trata de la respuesta que se tiene frente al poder destructivo de la pulsión. Respuesta que aquí ha sido temporalizada, signo de la coalescencia de pulsión de vida y pulsión de muerte.

Candy sufre dolores aterradores, ha sido agredida, aplastada, quemada, objeto de una pulsión que *casi* la destruye. Es este *casi* el que mitiga la fuerza de la pulsión, este *casi* donde se ve la intervención de un yo que morigerar y que además desplaza. María Fernanda elige ser la doctora, quien salva, protege, cuida y ama a la pequeña niña que es ella misma. Pero su elección le permite montar en escena y con gran sutileza la pulsión sádica que ejerce como sujeto de la acción. Así María Fernanda va a tener que jalar, desgarrar, cortar, introducir, raspar y provocar dolor en la pequeña porque en calidad de doctora desea salvarla. La acción sádica hacia el objeto ahora se lee como acto amoroso. El dolor es padecido porque así lo desea el otro como lo señala Freud en: “Papá me pega porque me ama.”

Agente y objeto del fantasma aparecen en una clara relación especular. María Fernanda alternadamente es agente activo u objeto pasivo y dado que el fantasma tiene este carácter de mestizo que participa a la vez del sistema conciente-preconsciente y del sistema inconsciente podemos ver a María Fernanda eligiendo para sí misma la posición de sujeto activo, es decir en el polo del juego ó ensoñación diurna, y ocupando la posición pasiva de objeto en el polo inconsciente. Mediante este fantasma que permite la derivación pulsional logra la meta contradictoria de la pulsión, contradictoria porque persigue al mismo tiempo supervivencia y goce, al mismo tiempo, vida y muerte.

Pese a todos los avatares, Candy representa una niña buena, dulce, valiente, capaz de sobrevivir donde otros mueren, capaz de conquistar el corazón de cualquiera, como el de la doctora y de convertirse en el organizador de su vida, es decir, en el objeto de deseo. Candy es la depositaria del Yo Ideal de María Fernanda, del *His Majesty The Baby*. Este doble diría yo representa al objeto que siendo mirado captura la mirada que lo mira. Objeto que como subraya Piera Aulagnier tiene como única función asegurar que podrá hacer surgir, gracias a él, ese deseo del otro del cual es deseante.

María Fernanda tiene una hermana

Poco después de un año de tratamiento María Fernanda me platica que la señora que trabaja haciendo la limpieza de su casa tiene una hija que se llama Ana Clara. También comenta que se parecen y que algunas personas les han preguntado si son hermanas. A partir de entonces y cada vez con mayor frecuencia Ana Clara me manda saludos con María Fernanda. Conviven, a veces se molestan o no se ponen de acuerdo, a veces se divierten, pasan mucho tiempo juntas, tienen mucho en común y María Fernanda parece sorprendida de tantas coincidencias que han hallado entre ambas, caprichos, gustos, fechas, lugares, etc.

En una ocasión la encontré en una situación social, y me acerqué a saludarla brevemente. Al vernos en sesión me pregunta si me percaté de que la niña que se había despedido de mí no era ella sino Ana Clara que también estaba allí. Me promete llevar unas fotos donde salen las dos, y al llevarlas me enseña por un lado a Ana Clara, que no es sino ella, vestida con una muda de ropa y por el otro, dice que es ella, en las fotografías en las que aparece con otra muda diferente. Si abro la puerta a la calle para recibirla, al cerrarla me pregunta si vi a Ana Clara que estaba en el coche saludándome, o comiendo un helado, o que la esperaría leyendo, o que vendría a acompañar a su mamá a recogerla. Empiezo a recibir pequeñas notas saludándome y dibujos que dice, ambas realizan. Unos meses después me entrega una carta pero en esta ocasión solo está firmada por ella. En la carta me dice que Ana Clara es una hermana imaginaria que ha ido con ella a todos lados, que existe desde que su mamá y ella vinieron a vivir a Cuernavaca. Me escribe: “Extrañaba,

ya no tenía con quién platicar de cosas divertidas, tenía a mi mamá pero no era lo mismo. Con mi mamá no podía jugar tanto ni molestarla y pensaba en tener una hermana pero no podía. Comenzó a salir como una niñita cualquiera hasta que salió muy bien contigo.” Ahora siente mucho haberme hecho creer que era una niña y le gustaría presentármela. Entonces sabiendo lo especial que era, acordamos hacer juntas a Ana Clara, a la medida de María Fernanda.

Trajo tela, hilos, relleno, estambre y después de medir a María Fernanda, hicimos patrones y comenzamos a darle forma a su “hermana imaginaria”. De su altura, con su talla, largo de tronco, de piernas, y hasta de dedos. Cosimos uno por uno los estambres para hacer su cabellera, le pusimos uñas, le hicimos un corte, y le pintamos su rostro. María Fernanda le trajo ropa suya y la vestimos. Después redactamos un acta de nacimiento y María Fernanda decidió hacerle un libro para escribir su historia.

Así la historia de Ana Clara comienza mucho tiempo antes de que Ana Clara esté ocupando un sitio sentada junto a nosotras, comienza con el deseo de María Fernanda, se dibuja en el encuentro conmigo y llega a un lugar que claramente le ha precedido y donde se le espera. Poco tiempo después se la lleva a casa con su acta y con su historia, para ponerla sentada sobre su cama y encontrarla ahí todos los días. Posteriormente empieza a parecerle demasiado grande para moverla de lugar y acomodar y decide sentarla en una repisa alta donde finalmente queda de adorno y de recuerdo.

Ana Clara, la hermana imaginaria encarna nuevamente un doble de María Fernanda. La singularidad de este periodo, me parece, reside en la intensidad de la relación transferencial.

“Pensaba en tener una hermana pero no podía. Comenzó a salir como una niñita cualquiera, me dice, hasta que salió muy bien contigo.” Sin forzar las cosas me parece que en otras palabras lo que María Fernanda dice es: “Sabía que no podía tener una hermana, pero aún así la tuve”. La fórmula “Ya lo sé, pero aún así” título de un artículo

de Octave Mannoni, da cuenta del mecanismo de desestimación que se ha puesto en juego.

María Fernanda *sabe* que no existe Ana Clara, pero aún así *necesita que yo sí crea*. En tanto objeto exterior me convierte en sostén de su creencia que no es inconsciente, de esta manera la conserva sin que ella misma lo sepa. En palabras de Mannoni, la Verleugnung (en virtud de la cual la creencia subsiste después del repudio) se explica por la persistencia del deseo y las leyes del proceso primario.

No es tan solo una cuestión de creencia. La mascarada no lo es para ella sino para mí. María Fernanda mediante esta escenificación conciente de un material simbólico recrea lo imaginario. El lugar de lo imaginario es el yo, el yo del narcisismo, el lugar de las identificaciones y de las figuraciones.

Teatralizar permite expresar identificaciones pero en tanto se sabe que está limitado al escenario del juego o de la broma, sirve para fortalecer las protecciones y las defensas. El engaño de María Fernanda sobre la veracidad de la existencia de Ana Clara tiene diferentes aspectos importantes, como señalé funcioné como el crédulo del que se depende para sostener la creencia en forma proyectada, pero además, me arroja fuera del dominio omnipotente. Si me puede engañar, comprueba mi castración y al mismo tiempo reasegura su derecho a pensar secretamente. Actividad que de acuerdo a lo que postula Piera Aulagnier permitirá al sujeto fantasmaticar sin tener que ocultarse en el sueño o tener que pagarlo con un compromiso sintomático. Si el pensar secretamente se experimenta como una actividad autorizada y fuente de placer, sobre esta experiencia se incorporará la fantasmaticación diurna.

Una vez que el niño descubre la posibilidad de mentirle al otro, estará abandonando, en el registro del yo el terreno de la certeza que constituían las construcciones de lo originario y lo primario. Poder mentir es poder ocultar al Otro una parte de sus pensamientos y es reconocer que el discurso puede decir la verdad o lo falso con lo cual podrá hacer suya la experiencia de la duda. Poder engañar implica poder ser engañado. Es así como Ana

Clara porta la marca del triunfo sobre la omnipotencia del Otro, lleva la marca de la castración del Otro pero en consecuencia, también la de sí misma. Ahora que María Fernanda renuncia al poder omnipotente comenzamos un trabajo de construcción con las limitantes impuestas por la realidad externa. Materializaríamos en su precariedad lo materializable, construiríamos a su doble y, como toda figuración y como toda representación pondría en evidencia su insuficiencia y su falta. Frente a esta experiencia que supone una gran pérdida, María Fernanda dispone de otro recurso, reacomodará el valor narcisístico de ese objeto doble sustituyendo su representación fantasmática mediante la nominación, salvaguardando su valor mediante la historización.

María Fernanda escribe su acta de nacimiento y escribe su historia, que en sentido estricto no es sino su historia libidinal. Ella es todo eso pero es algo más, algo de lo que no sabe, algo que la abre a un tiempo futuro, y a un posible.

El valor de la diferencia

Va con mucha mayor constancia a la escuela y empieza a convertirse en el lugar propio de la excitación. Las niñas “hablan de cosas de niñas” que por supuesto tiene que ver con esos con quienes no pueden hablar porque es de ellos de quienes hablan. Las niñas se convierten en nuevas interlocutoras, entre las que encuentra amigas con las que puede compartir su nuevo interés, y a las que aborrece y envidia porque son populares y tienen novio. Le gustan varios niños, tiene algunos acercamientos, algunos desencantos y otras sorpresas como saberse deseada. Coquetea con muchachos algo mayores y busca la manera de platicar con todos. En el lugar de trabajo de su mamá, ella visita a muchas personas y se hace de varios amigos mayores, todos adultos jóvenes. Junto a ellos se convierte en la jovencita alegre, que da su punto de vista agudo sobre las relaciones amorosas. Y se interna en el interrogante amoroso, les pregunta por qué quieren a esta o aquella novia, por qué no viven ya con ellas, por qué no les hablan más ó porque les hablan tanto, qué buscan, qué les gusta, qué les miran y qué las quieren.

En este momento es capaz de expresar lo que quiere y lo que no quiere, a lo que está dispuesta y a lo que no. Se reserva el derecho de decir lo que quiere decir a quien ella

quiere, o de mantenerlo para sí misma, como le hizo saber a su mamá cuando ésta le pidió que me comentara ciertas cosas. “Si le preocupa a ella, pues que ella lo trabaje” me dijo. Y también se reserva el derecho de confiar sin angustia excesiva en lo que ella siente, en lo que ella piensa y en lo que ella cree, aunque no coincida con lo que su mamá cree. “Me puede pedir que sea amable con las personas, pero no me puede pedir que me caigan bien o que las quiera, me puede pedir que la acompañe a la Iglesia, pero no me puede pedir que crea, me puede pedir que rece, pero no me puede pedir que verdaderamente *le* pida a Dios, ni que me reconforte pensar que Él va a solucionar nuestros problemas, los que en realidad, dice, ella y mi papá tendrían que resolver.”

María Fernanda está abierta al tiempo futuro, a la otredad radical, a la diferencia, está abierta al encuentro y está llena de preguntas cuyas respuestas parciales siempre la remitirán a más preguntas. El doble como proyección del Yo Ideal se ha vuelto capital narcisista que opera como garantía, y su renuncia asumida la castración permite la construcción de un Ideal del Yo.

Es así como el doble a lo largo de su estructuración es siempre respuesta fallida posibilitada por la capacidad de especularización propia de toda representación. Esta actividad en su carácter proyectivo como generador del espacio psíquico será resignificado en el *après coup* en su potencialidad defensiva. Así se montará en la construcción fantasmática para sostener la omnipotencia del deseo y salvaguardarse también como ese objeto único del deseo. Si posteriormente, el yo es capaz de superar la prueba de la castración, renunciará a esta representación fantasmática como medida exacta del deseo del otro, y permitirá su subsistencia en calidad de Yo Ideal.

Si bien es cierto que la construcción y aparición del doble obedece en el desarrollo a una desmentida de la indefensión, la diferencia y la muerte, la ulterior evolución, desfallecimiento y fracaso de su poder posibilitan la vida en el orden de lo humano. Ya que como escribe Emmanuel Levinas: **“La relación entre el otro y yo no es un saber,**

un reconocimiento del otro, sino que parte de la debilidad. Consiste en eso: en estar tocado por su ser expuesto para la muerte.”⁷

⁷ **Levinas, E.** *La huella del otro.* Editorial Taurus. México, 1998.